

# Quevedo : muerte y eternidad

Autor(en): **Arenas, José**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Études de Lettres : revue de la Faculté des lettres de l'Université de Lausanne**

Band (Jahr): - **(1986)**

Heft 2

PDF erstellt am: **09.08.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-870834>

## **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

## **Haftungsausschluss**

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

## QUEVEDO: MUERTE Y ETERNIDAD

En la obra de Quevedo, el tema de la muerte es central, relacionado con el de la fugitividad de la vida. Fugitividad sobre todo debida a la inconsciencia del hombre, que deja escapar la vida sin provecho. De esta forma, nacimiento y muerte se ven simultáneamente presentes en cada momento de la vida del hombre. Esta angustiada presencia permanente de la muerte en el vivir llena de zozobra al hombre; que corre el peligro de presentarse ante la muerte con la misma inconsciencia con que ha vivido. Para no morir eternamente, el hombre debe desengañarse de la vida terrestre mundana, considerar la muerte como puerta de la vida eterna. El desengaño y el escarmiento convierten la muerte en parte de la redención divina.

En la obra de Quevedo se refleja una constante preocupación por su vivir. Como escribió Dámaso Alonso, «la representación de este vivir como un anhelo (sombra que sucesivo anhela el viento), como una angustia continuada, arrancan esencialmente, radicalmente, a Quevedo de todo psicologismo petrarquista, lo mismo que le arrancan de todos los formalismos postrenacentistas»<sup>1</sup>.

La obra de Quevedo es muy abundante y varia, compleja y sorprendente. Quevedo «excita y sorprende por su genio tanto como aplanada y abruma por sus caídas sea en la más tabernaria jácara, sea en la intriga política menos transparente; y cuando acabamos de verle por los suelos ya podemos mirarle remontarse de súbito en alas de las más hermosas palabras que en español se hayan escrito: hermosas no sólo por su acento sino sobre todo por su desprendimiento»<sup>2</sup>.

En esta obra polifacética, de temas diversos y contradictorios, al lado de temas satíricos, políticos y amorosos, ocupa un lugar central el acento moral; y dentro de él, como hemos señalado, la

constante angustia del viviente ante la muerte. Este artículo intentará seguir a Quevedo, sobre todo en sus poemas morales, desde el sentimiento de una vida decepcionante a una idea de la muerte como imprescindible trampolín para acceder a una eternidad anhelada. Breve panorama de un tema fundamental en un autor que sigue interesándonos, cuya angustia lo coloca «junto al angustiado, al agónico hombre del siglo XX»<sup>3</sup>.

La vida es dolorosa para Quevedo por su fugitividad, su incertidumbre. La vida es breve:

*Vivir es caminar breve jornada* (nº 11)<sup>4</sup>

.....

*y las más veces suele un breve paso  
distar a queste oriente de su ocaso* (nº 21)

Pero Quevedo insiste sobre todo en la rapidez con que se desenvuelve. No es la brevedad de la vida sino su manera de escaparse lo que provoca el dolor:

*¡Qué sin poder saber cómo ni adónde  
la salud y la edad se hayan huido!* (nº 2)

.....

*¡Cómo de entre mis manos te resbalas!  
¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!* (nº 31)

Esta fugitividad se encuentra expresada innumerables veces en la obra de nuestro autor, con matices variados. La vida es imposible de percibir:

*Ayer se fue, mañana no ha llegado,  
hoy se está yendo sin parar un punto* (nº 2)

.....

*Ya no es ayer; mañana no ha llegado;  
hoy pasa, y es, y fue...* (nº 3)

Sin embargo, más que huida de la vida se trata de inconsciencia del hombre. La vida puede ser incluso lenta; es el hombre quien la deja escapar sin provecho:

*Huye sin percibirse, lento, el día* (nº 6)

.....

*No sentí resbalar, mudos, los años* (nº 6)

.....

*pues se huye la vida paso a paso* (nº 12)

Desde esta perspectiva, en relación con lo que veremos más adelante, la vida — primera contradicción — puede parecer larga, por ser inconsistente:

*pues es la humana vida larga, y nada* (nº 29)

.....

*¡Fue sueño ayer; mañana será tierra!*  
*¡Poco antes, nada; y poco después, humo!* (nº 3)

Consecuencia de este, más que huida, deslizarse de la vida sin que el hombre se aperciba es la sensación, tan anclada en Quevedo, de que el hombre es una sucesión de difuntos. El hombre, aspirante a la eternidad, siente ese anhelo como algo subjetivo que se pierde en ese deslizarse de la vida que él es incapaz de dominar y vive intermitentemente. En carta a don Manuel Serrano del Castillo<sup>5</sup>, escribe Quevedo: «Señor don Manuel, hoy cuento yo cincuenta y dos años, y en ellos cuento otros tantos entierros míos. Mi infancia murió irrevocablemente; murió mi niñez, murió mi juventud, murió mi mocedad; ya también falleció mi edad varonil. Pues ¿cómo llamo vida una vejez que es sepulcro, donde yo propio soy entierro de cinco difuntos que he vivido?» Su nacimiento y su muerte están presentes simultáneamente en cada uno de sus momentos temporales:

*Vengo a contar que tengo tantas vidas  
como tiene momentos cada un año* (nº 24)

.....

*«¡Ah de la vida!» ... ¡Nadie me responde?*  
*¡Aquí de los antaños que he vivido!*

*En el hoy y mañana y ayer, junto  
pañales y mortaja, y he quedado  
presentes sucesiones de difunto.* (nº 2)

O como escribe en *La cuna y la sepultura*: «Mira que eres el que ha poco que no fuiste, y el que siendo, eres poco, y el que aquí a poco no serás»...<sup>6</sup>

En esta vida que se siente sólo como una sucesión de entierros, el hombre termina por sentirse irremediamente punto final de un camino (no de un viaje). Vivir no es únicamente morir, pero es morir. La vida nos lleva sin desmayo hacia la muerte, y nacer es comenzar a morir:

*hoy pasa, y es, y fue, con movimiento  
que a la muerte me lleva despeñado* (nº 3)

.....

*la vida nunca para,  
ni el Tiempo vuelve atrás la anciana cara.  
Nace el hombre sujeto a la Fortuna,  
y en naciendo comienza la jornada  
desde la tierna cuna  
a la tumba enlutada...*

(nº 21)

.....

*Antes que sepa andar el pie, se mueve  
camino de la muerte, donde envió  
mi vida oscura: pobre y turbio río  
que negro mar con altas ondas bebe.*

(nº 30)

La vida es un río que va a dar a la mar. La metáfora no es original; tampoco la idea de la vida como un morir sin cese. Citemos únicamente a Juan Luis Vives: «Qué es esta vida nuestra, sino una incesante muerte [...] Comenzamos a morir [...] al punto de nacer, y con nuestro principio se inicia ya nuestro acabamiento»<sup>7</sup>. Quevedo era hombre de lecturas, y es difícil ser original cuando se trata y se siente de la vida y de la muerte. Pero el sentimiento, y su expresión, son muy de Quevedo, validados por su constancia.

Y la terrible certeza de que al intentar escapar, al hacer un esfuerzo por que la vida cobre un sentido y continuidad, no se hace más que acelerar el proceso:

*¡Oh condición mortal! ¡Oh dura suerte!  
¡Que no puedo querer vivir mañana  
sin la pensión de procurar mi muerte!  
Cualquier instante de la vida humana  
es nueva ejecución, con que me advierte  
cuán frágil es, cuán mísera, cuán vana.*

(nº 31)

Al final del camino, el cuerpo del hombre es sepulcro de su propia vida, idea que Quevedo expresa en numerosos textos:

*y mientras con mis armas me consumo,  
menos me hospeda el cuerpo, que me entierra.*

(nº 3)

.....

*Vivir es caminar breve jornada,  
y muerte viva es, Lico, nuestra vida,  
ayer al frágil cuerpo amanecida,  
cada instante en el cuerpo sepultada.*

(nº 11)

.....

*¡Dichoso yo, que fuera de este abismo,  
vivo, me soy sepulcro de mi mismo!*

(nº 12)

Igualmente en la citada carta a don Manuel Serrano del Castillo: «Pues ¿cómo llamo vida una vejez que es sepulcro donde yo propio soy entierro de cinco difuntos que he vivido? ¿Por qué, pues, desearé acabar de ser entierro de mi misma vida?»<sup>8</sup>.

Estamos en la médula del sentimiento de Quevedo: la muerte compañera permanente del vivir. Esta angustiosa presencia origina una abundante serie de textos en los que la vida, el tiempo, la muerte, la eternidad se nos muestran, en una expresión desgarrada, entre la zozobra y la esperanza de un descanso eterno. Recordemos el diálogo entre el autor y la muerte en el *Sueño de la Muerte*; el autor se sorprende de ver a la muerte, más bien «figura donosa», sin guadaña y sin aspecto de calavera, y la Muerte le responde: «Eso no es la muerte, sino los muertos, o lo que queda de los vivos [...] La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte. Tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertes de vosotros mismos»<sup>9</sup>.

La vida es muerte; pero la muerte no es aún vida. La muerte es distinta de la vida, distinta de cualquier cosa. Todo muere; la muerte es una fuerza que se ensaña contra los hombres, incluso contra los monumentos que se le erigen:

*Feroz, de tierra el débil muro escalas,  
en quien lozana juventud se fía*

(nº 31)

.....

*Miré los muros de la patria mía,  
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,  
de la carrera de la edad cansados,  
por quien caduca ya su valentía.  
Salíme al campo, vi que el sol bebía  
los arroyos del yelo desatados,  
y del monte quejosos los ganados,  
que con sombras hurtó su luz al día.  
Entré en mi casa; vi que, amancillada,  
de anciana habitación era despojos;  
mi báculo, más corvo y menos fuerte;  
vencida de la edad sentí mi espada.  
Y no hallé cosa en que poner los ojos  
que no fuese recuerdo de la muerte.*

(nº 29)

.....

*Falleció César, fortunado y fuerte;  
ignoran la piedad y el escarmiento  
señas de su glorioso monumento:  
porque también para el sepulcro hay muerte.*

*Muere la vida, y de la misma suerte  
muere el entierro rico y opulento* (nº 10)

El tiempo se nos presenta en su verdadero aspecto de jornalero de la muerte, en una continua labor:

*Azadas son la hora y el momento  
que, a jornal de mi pena y mi cuidado,  
cavan en mi vivir mi monumento.* (nº 3)

.....

*Licas, sepultureros son las horas.* (nº 10)

Culminación de la labor del tiempo en la vida, la muerte llega inadvertida y segura:

*Descuido del divertido vivir a quien la muerte llega impensada  
Llevada de engañoso pensamiento  
y de esperanza burladora y ciega,  
tropezará en el mismo monumento.  
Como el que, divertido, el mar navega,  
y, sin moverse, vuela con el viento,  
y antes que piense en acercarse, llega.* (nº 11)

.....

*¡Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,  
pues con callado pie todo lo igualas!* (nº 31)

Como ocurría con la vida, el hombre se muestra inconsciente con la muerte. Descuido más inquietante por la sensación de esa muerte que se alimenta de la vida, que se cava en la vida; ella sí consciente y desasosegadamente divertida:

*Vive muerte callada y divertida  
la vida misma...* (nº 4)

Es necesario, para no morir definitiva y eternamente, sublimar este horror de la muerte. Y nuestro poeta lo hace siguiendo dos vías, negativa una: la consideración de la vida como muerte espiritual, positiva la otra: la insistencia en la muerte como apertura a lo eterno.

Si el hombre sólo puede vivir dejando de vivir, la vida humana no tiene realidad verdadera. En la encrucijada de la vida y de la muerte, los valores se intercambian: la vida es engaño y muerte (y puede ser duraderamente negativa):

*La mayor parte de la muerte siento  
que se pasa en contentos y locura* (nº 1)

.....



*Vivir es caminar breve jornada,  
y muerte viva es, Lico, nuestra vida* (nº 11)

.....

*Nací muriendo y he vivido ciego,  
y nunca al cabo de mi muerte llego.  
Y, en mentidos placeres,  
muriendo naces y viviendo mueres.* (nº 12)

.....

*pues es la humana vida larga, y nada* (nº 29)

La visión pesimista de la vida es tan antigua como el cristianismo: «Porque pasa la configuración de este mundo», escribe San Pablo (I Cor. 7, 13). La expresión cristiana del pesimismo es el desengaño, concepto clave del barroco. De Quevedo opina fray Francisco Polanco, en la Aprobación de *La constancia y paciencia del santo Job*, que «siempre se mostró desengañado, aun en los asuntos jocosos; pero allí el desengaño es como juego de cañas, en que las lanzas más divierten que penetran; aquí las tira de veras, y tan aceradas, que penetran hasta lo íntimo del corazón que las atiende, sin lisonjear al gusto»<sup>10</sup>. El sentimiento de vacío provoca la renuncia a lo temporal y la atención a lo eterno:

*¿Qué otra cosa es verdad sino pobreza  
en esta vida frágil y liviana?  
Los dos embustes de la vida humana,  
desde la cuna, son honra y riqueza.* (nº 4)

.....

*Cuando me vuelvo atrás a ver los años  
que han nevado la edad florida mía;  
cuando miro las redes, los engaños  
donde me vi algún día,  
más me alegre de verme fuera dellos,  
que un tiempo me pesó de padecellos.* (nº 21)

.....

*Nací desnudo, y solos mis dos ojos  
cubiertos los saqué, más fue de llanto.  
Volver como nací quiero a la tierra;  
el camino sembrado está de abrojos;  
enmudezca mi lira, cese el canto;  
suenen sólo clarines de mi guerra,  
y sepan todos que por bienes sigo  
los que no han de poder morir conmigo...*



*Pretenda el que quisiere,  
para vivir, riquezas, mientras muere  
pretendiendo alcanzallas*

(nº 23)

El poema (nº 7) se titula «Agradece, en alegoría continuada, a sus trabajos su desengaño y su escarmiento»; y el (nº 12), titulado «El escarmiento», fue escrito, según el sobrino de Quevedo, en la Torre de Juan Abad ocho meses antes de la muerte del poeta<sup>11</sup>:

*Tú, pues, ¡oh caminante!, que me escuchas,  
si pretendes salir con la victoria  
del monstruo con quien luchas,  
harás que se adelante tu memoria  
a recibir la muerte,  
que, obscura y muda, viene a deshacerte.*

(nº 12)

Ya el hombre se encuentra, tras el camino, sin equipaje, ante la temible hora final:

*Ya formidable y espantoso suena,  
dentro del corazón, el postrer día;  
y la última hora, negra y fría,  
se acerca, de temor y sombras llena.*

(nº 8)

La muerte puede ser amarga, es amarga; pero para un cristiano, como Quevedo lo era, la muerte es parte de la redención divina. La muerte lo es del cuerpo únicamente: «siendo la muerte privación de la vida porque así como donde no hay luz ende se dicen ser tinieblas, así la muerte ninguna cosa es salvo privación de la vida»; esto escribía en el siglo XV Alfonso de Palencia<sup>12</sup>.

Sobre el cristianismo de Quevedo hay muchos testimonios. Contemporáneos lo trataron de ateo; pero tenemos que recibir estos juicios con reservas: Quevedo tuvo muchos enemigos; fue duro, injusto, y sus enemigos lo fueron con él. Según lo que sabemos de su vida, «no tenemos derecho a dudar de la fe del poeta», como escribe Dámaso Alonso<sup>13</sup>.

Sin embargo, hay en Quevedo momentos de conflicto entre su fe de cristiano y sus ansias de viviente. Los críticos lo han señalado: «Otra antítesis no menos importante la constituyen su fe religiosa y su anhelo de vivir, su apego a la vida, que se evidencia ante su temor a la muerte»<sup>14</sup>; «Quevedo ama la vida. No en lo que puede tener de abstracto, sino al contrario en su más dolorosa y exaltante concreción, en ese mismo cuerpo que es el lugar en que el ser no cesa de hacerse deshaciéndose, por un acto que es un morir-vivir»<sup>15</sup>. Este conflicto aflora en versos en los que se

expresa «una violenta obstinación, una magna rebeldía del poeta, que se resiste a entregarlo todo a la muerte»<sup>16</sup>:

*Alma a quien todo un dios prisión ha sido,  
venas que humor a tanto fuego han dado,  
medulas que han gloriosamente ardido,  
su cuerpo dejará, no su cuidado;  
serán ceniza, mas tendrá sentido;  
polvo serán, mas polvo enamorado.* (nº 472)

Quevedo se debate entre la tierra y el cielo, y, en esta lucha, la zona fronteriza que llamamos muerte oscila a un lado y a otro, hacia la vida que es tierra y hacia la vida que es eternidad. De aquí las «palinodias» de que habla Otis H. Green<sup>17</sup>, esos vaivenes provocados por la tensión entre su conciencia y su naturaleza:

*Esta lágrima ardiente con que miro  
el negro cerco que rodea a mis ojos,  
naturaleza es, no sentimiento.* (nº 28)

.....

*Temo la muerte, que mi miedo afea;  
amo la vida, con saber es muerte:  
tan ciega noche el seso me rodea.* (nº 47)

.....

*Si agradable descanso, paz serena  
la muerte, en traje de dolor, envía,  
más tiene de caricia que de pena...  
Llegue rogada, pues mi bien previene;  
hálleme agradecido, no asustado;  
mi vida acabe, y mi vivir ordene.* (nº 8)

La muerte, pues, es la fuerza capaz de poner orden en el conflicto; de diferenciar entre esa vida de miserias y ese vivir verdadero: «Por diferentes caminos el pecado y la virtud alivian el temor de la muerte: aquél con el fastidio de lo pasado, ésta con la esperanza de lo futuro»<sup>18</sup>. Como dice la Muerte al autor: «vivo has de venir conmigo a hacer una visita a los difuntos»<sup>19</sup>.

La muerte limpia al hombre del nihilismo. Al comentar un verso de Quevedo, escribe Bergamín: «para qué le sirve a Quevedo (la conciencia), él mismo nos lo va a decir con un verso atroz...:

la conciencia me sirve de gusano

Qué espantosa verdad! La conciencia le sirve de remordimiento, en vez de servirle, al revés, el remordimiento de conciencia»<sup>20</sup>. Sin embargo, este verso tiene una lectura esperanzada; como el

gusano obra en el cuerpo perecedero, la conciencia lo hace en la parte del hombre creada para la eternidad. Bergamín ve, en Quevedo, nuestra razón como espejo de la muerte: «Los más fuerte, sano, limpio, profundo y verdadero que nos dejó Quevedo escrito, que son sus libros de ascética religiosa y moral, nos muestran, de ese modo definitivo, a nuestra razón como si fuera el paradójico espejo vivo de la muerte»<sup>21</sup>. Parece, al contrario, que es la muerte la que es espejo de la razón: «No me queda ya que soñar; y si en la visita de la muerte no despierto, no hay que aguardarme»<sup>22</sup>. Mirarnos en la muerte nos despierta, nos hace morir vivos que es cordura:

*Salid a recibir la sepultura,  
acariciad la tumba y monumento:  
que morir vivo es última cordura.*

(nº 1)

.....

*¡Dichoso yo, que fuera de este abismo,  
vivo, me soy sepulcro de mi mismo!*

*Aun a la muerte vine por rodeos;  
que se hace de rogar, o da sus veces  
a mis propios deseos;  
mas, ya que son mis desengaños jueces,  
aquí, sólo conmigo,  
la angosta senda de los sabios sigo...*

*No lloro lo pasado,  
ni lo que ha de venir me da cuidado...*

*Así, del primer hombre despojado,  
descanso ya de andar de mí cargado*

(nº 12)

Quevedo dice y repite que la muerte es buena. Vuelve la espalda a la vida que «anhela duración, tierra animada» (nº 11), al «errado anhelar» (nº 4).

Quevedo, pues, es pesimista respecto a la vida terrena, no ante el verdadero ser del hombre eterno. El hombre puede olvidar que vive muriendo, trascender de la muerte, ayudado por el cauterio de una fe lúcida. Como escribía Alejo de Venegas: «La muerte no se deve poner entre los males, porque la muerte de los que mueren en gracia no es otra cosa sino una salida de cárcel [...] un recibimiento y entrada en la gloria»<sup>23</sup>. Quevedo escribe, encarcelado en el convento de San Marcos: «nunca, sino ahora, fué todo mío y para mí. Mayor y más preciosa parte rescata en mí la prisión, que encarcela, cuanto vale más el tiempo que el divertimento. Tié-

nenme cerrado en una cuadra; mas, a pesar de las vueltas de llave, estoy libre»<sup>24</sup>.

«El juicio racional es inseparable de la muerte, según [...] nos afirma [...] el propio Quevedo: Más quiero muerte con juicio que vida sin él. Afirmación terrible [...] una vida que se juzga a si misma se condena, inevitablemente, a morir.» Hasta aquí Bergamín<sup>25</sup>; pero Quevedo mira más lejos y hace de este morir no el final del camino, sino el principio de la verdadera vida. La fe es el alivio definitivo; en este sentido, la muerte no es sólo deseable sino deseada, el poeta no sólo la acepta, resignado, la invoca:

*Ven ya, miedo de fuertes y de sabios;  
huya el cuerpo indignado con gemido  
debajo de las sombras, y el olvido  
beberán por demás mis secos labios.*

*Desata de este polvo y de este aliento  
el nudo frágil en que está animada  
sombra que sucesivo anhela el viento.  
¿Por qué emperezas el venir rogada,  
a que me cobre deuda el monumento,  
pues es la humana vida larga, y nada?*

(nº 28)

José ARENAS.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Dámaso Alonso, *Poesía española*, Madrid, Gredos, 1962, p. 576.
- <sup>2</sup> Gonzalo Sobejano (ed), *Francisco de Quevedo*, Madrid, Taurus, 1978, p. 9 (Serie El escritor y la crítica).
- <sup>3</sup> Dámaso Alonso, *op. cit.*, p. 577.
- <sup>4</sup> Las citas de la poesía de Quevedo se hacen según la edición de José Manuel Blecua, *Francisco de Quevedo, Poesía original*, Barcelona, Planeta, 1963. Se indicará el número del poema.
- <sup>5</sup> Francisco de Quevedo, *Obras en prosa*, edición de Luis Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1941, p. 1851 (Carta CXL).
- <sup>6</sup> *Obras en prosa, ed. cit.*, p. 1090.
- <sup>7</sup> Citado por Otis H. Green, *España y la tradición occidental*, IV, Madrid, Gredos, 1969, p. 127.
- <sup>8</sup> *Obras en prosa, ed. cit.*, p. 1851.
- <sup>9</sup> Francisco de Quevedo, *Sueños y Discursos*, edición de Felipe C. R. Maldonado, Madrid, Castalia, 1982, p. 195.
- <sup>10</sup> *Obras en prosa, ed. cit.*, p. 1183.
- <sup>11</sup> Henry Ettinghausen cree que Quevedo lo escribió años antes y lo revisó en 1645. Véase su artículo «Un nuevo manuscrito autógrafo de Quevedo», *BRAE*, LII (1972), p. 218.
- <sup>12</sup> Alfonso de Palencia, *Universal vocabulario*, ed. de John M. Hill, Madrid, 1957, p. 124b (Citado por Otis H. Green, *op. cit.*, p. 101).
- <sup>13</sup> *Op. cit.*, p. 523.
- <sup>14</sup> Emilia N. Kelley, *La poesía metafísica de Quevedo*, Madrid, Guadarrama, 1973, p. 153.
- <sup>15</sup> Charles Marcilly, «La angustia del tiempo y de la muerte en Quevedo», en G. Sobejano, *op. cit.*, p. 84.
- <sup>16</sup> F. Lázaro Carreter, «Quevedo entre el amor y la muerte», en G. Sobejano, *op. cit.*, p. 292.
- <sup>17</sup> *Op. cit.*, p. 152.
- <sup>18</sup> Carta a Don Manuel Serrano del Castillo, en *Obras en prosa, ed. cit.*, p. 1849 (Carta CXL).
- <sup>19</sup> *Sueño de la muerte*, en *Sueños y Discursos, ed. cit.*, p. 194.
- <sup>20</sup> José Bergamín, *Fronteras infernales de la poesía*, Madrid, Taurus, 1959, p. 135.
- <sup>21</sup> *Op. cit.*, p. 132.
- <sup>22</sup> *Sueño de la muerte, ed. cit.*, p. 186.
- <sup>23</sup> Citado por Otis H. Green, *op. cit.*, p. 129.
- <sup>24</sup> Carta CLXVII, en *Obras en prosa, ed. cit.*, p. 1095.
- <sup>25</sup> *Op. cit.*, p. 131.